

Walkscapes ten years after

Walkscapes diez años después

Francesco Careri

Dipartimento di Architettura dell'Università di Roma Tre
francesco.careri@uniroma3.it

Notas sobre el artículo de Francesco Careri: “Walkscapes ten years after”

Rafael de Lacour

Universidad de Granada
rdlacour@ugr.es

El texto *Walkscapes ten years after* tiene su origen en el prólogo realizado por Francesco Careri para la segunda edición de su libro “*Walkscapes. El andar como práctica estética*”, publicado por la Editorial Gustavo Gili (Barcelona, 2013, págs. 161-167), y ha sido traducido al castellano por Maurici Pla.

El interés del texto aportado por Careri para este número monográfico de URBS sobre Derivas viene, en primer lugar, de la voluntad del autor de contribuir precisamente con este texto, y, en segundo lugar, de su indudable idoneidad para la temática tratada en este número de la revista, en la medida en que supone la revisión actual de un libro de gran trascendencia y difusión, fundamental para entender el resurgimiento de la deriva como tema de actualidad.

Transcurridos diez años de la primera edición de *Walkscapes*, la reedición del libro constituye el pretexto ideal para repasar y hacer examen de una de las publicaciones ciertamente más exitosas que ha atraído simultáneamente a artistas, arquitectos, urbanistas, geógrafos, historiadores, antropólogos, sociólogos, psicólogos ambientales y otros profesionales interesados por el mundo de las derivas.

El éxito de aquella obra, que difícilmente podría haberse escrito mejor, reside en la escritura ágil y en la información sistematizada, pero fundamentalmente en la relación de los contenidos que se abordan. La acertada vinculación del nomadismo de las primeras civilizaciones con el recorrer urbano puesto en práctica por ciertas vanguardias del siglo XX (dadaístas, surrealistas, letristas y situacionistas), y la sutil vinculación de lo anterior con el caminar en el arte contemporáneo y su relación con el paisaje, resultan especialmente atractivos; y a ello puede atribuirse el gran mérito de lograr la extensión de estas prácticas en ámbitos artísticos, académicos e investigadores, en paralelo a la recuperación de un inusitado interés por la considerada por algunos como última vanguardia del siglo XX.

Careri en esta auto-revisión, diez años después, reflexiona sobre el alcance que ha tenido *Walkscapes* para él a nivel personal, más allá de la repercusión internacional, como oportunidad para seguir recorriendo, caminando y aprendiendo. Esta mirada introspectiva le sirve para tomar conciencia sobre la capacidad propositiva implícita en la acción de andar: por un lado, como herramienta útil para cuestionar, replantear y partir de cero; y por otro, como herramienta de producción de espacio público, generando intercambio, creando colectividad y procesos participativos. En definitiva, pone de manifiesto la utilidad de la deriva, en tanto que caminar indeterminado, para articular el denominado por él *proyecto indeterminado*.

Con ello deja entrever su verdadera contribución, asumiendo su aplicabilidad. Si proyectar es una manera de interpretar y transformar el mundo, no es menos cierto que caminar es un modo de comprender la realidad, y ambas están estrechamente relacionadas. Es necesario caminar para proyectar, conocer para actuar.

Walkscapes ten years after

Francesco Careri

He pensado muchas veces en escribir un segundo libro sobre el andar, o bien en poner al día *Walkscapes* con nuevos capítulos sobre los artistas que actualmente lo practican. No lo he hecho porque creo que el libro está bien tal y como está, y porque no creo que pueda escribir algo mejor sobre este tema. Así pues, el texto de esta nueva edición es exactamente igual al original. No he cambiado ni una coma. He añadido alguna nota que ya estaba en la edición italiana y he suprimido algunas imágenes que me parecían superfluas. En cambio, he puesto al día la bibliografía, ya que en los últimos años se ha escrito mucho sobre este tema, y me ha parecido conveniente incluir este breve epílogo que, tal vez de un modo excesivamente autobiográfico e introvertido, intenta explicar de qué modo yo mismo he interpretado las últimas palabras escritas al final del libro:

“Ir a la aventura en la Nueva Babilonia puede ser un método útil para leer y transformar aquellas zonas de zozco que durante los últimos años han puesto en dificultades el proyecto arquitectónico y urbanístico. Y, gracias también a los artistas que la han recorrido, esta ciudad se ha vuelto actualmente visible: aparece como uno de los problemas más importantes de la cultura arquitectónica que todavía no han sido resueltos. Proyectar una ciudad nómada parece una expresión contradictoria. Quizás debería hacerse al modo de los neobabilonenses: transformándola lúdicamente desde su interior, modificándola a lo largo del viaje, recuperando la predisposición primitiva al juego de las relaciones, aquella predisposición que había permitido que Abel pudiese habitar el mundo.”

En diez años han ocurrido muchas cosas: tres hijos de quienes aprendo cada día a jugar con el mundo, una plaza de profesor en la universidad, donde imparto un curso en el que se anda todo el día, la casa-manifiesto construida conjuntamente con los descendientes de Abel, y más tarde quemada por Caín y sus amigos antigitanos, y el Laboratorio di Arti Civiche, donde llevo adelante los proyectos colectivos que anteriormente había realizado con Stalker, y que en un plano ideal sigue andando por la vía de Stalker.

Hace diez años, cuando Daniela Colafranceschi y Mónica Gili me invitaron a escribir este libro, no hubiese podido imaginar que llegaría a las seis reimpresiones, y que se reeditaría con este nuevo formato. Simplemente no tenía ninguna noción de lo que significaba escribir un libro, poner en negro sobre blanco unas afirmaciones que más tarde tendría que confirmar, discutir, argumentar, defender. Pero sobre todo no tenía ni idea de que un libro me haría viajar tanto. Especialmente en América Latina, *Walkscapes* ha tenido una inesperada fortuna, y me han invitado a dar conferencias, seminarios y, sobre todo, a andar con artistas, arquitectos, estudiantes, ciudadanos. Mientras atravesaba Bogotá, Santiago de Chile, Montevideo, São Paulo, Salvador do Bahia o Talca, entendí que no sabía andar por la cuadrícula colonial, y que para andar en transurbancia tenía que buscar aquellos puntos donde la retícula se rompe, perderme recorriendo los ríos, navegar en torno a las nuevas zonas residenciales, sumergirme en los laberintos de las favelas.

En América Latina, andar significa enfrentarse a muchos miedos: miedo a la ciudad, miedo al espacio público, miedo a infringir las normas, miedo a apropiarse del espacio, miedo a ultrapasar unas barreras que a menudo son inexistentes, miedo a los demás ciudadanos, percibidos casi siempre como enemigos potenciales. El simple hecho de andar da miedo, y por tanto uno deja de andar: quien anda es un sin techo, un drogadicto, un marginal. El fenómeno antiperipatético y antiurbano es allí más claro que en Europa, donde, a mi parecer, se encuentra todavía en vías de formación: no salir nunca de casa a pie, no exponer nunca el propio cuerpo sin un envoltorio, protegerlo en la casa o en el coche, sobre todo no salir después del atardecer, encerrarse en la medida de lo posible en gated communities a mirar películas de terror o a navegar por internet, memorizar los consejos para las compras útiles para cuando se anda por los centros comerciales.

En las facultades de arquitectura me di cuenta de que los estudiantes –es decir, la futura clase dirigente– lo saben todo acerca de la teoría urbana y los filósofos franceses se consideran expertos en ciudades y en espacio público, pero en realidad nunca han experimentado jugando a la pelota en la calle, encontrándose con los amigos en la plaza, haciendo el amor en un parque, entrando ilegalmente en un edificio industrial en ruinas, atravesando una favela, deteniéndose a pedir una información a un transeúnte. ¿Qué clase de ciudad podrán producir estas personas que tienen miedo de andar?

Hoy día, la única categoría con la que se diseñan las ciudades es la seguridad. Parecerá una banalidad, pero la única manera de conseguir una ciudad segura es que haya gente andando por la calle: solo esto permite un control recíproco sin necesidad de cercados o cámaras de vigilancia. Y la única manera de lograr una ciudad viva y democrática es que se pueda andar sin anular los conflictos y las diferencias, que se pueda andar para protestar y para reafirmar el propio derecho a la ciudad.

Desde que imparto clases siento sobre mí cada vez más responsabilidades, y he empezado a entender que el hecho de andar es un instrumento insustituible para formar no solo alumnos sino también ciudadanos, que andar es una acción capaz de disminuir el nivel de miedo y de desenmascarar la construcción mediática de la inseguridad: es un proyecto “cívico” capaz de producir espacio público y de actuar en común. Lo que me propongo transmitir a los estudiantes de mis cursos de Artes Cívicas es el placer de perderse con el fin de conocer. No es obvio pero proporciona grandes satisfacciones. Los llevo a lugares por los que nunca han andado, les quito el terreno firme de debajo de los pies y los dirijo hacia territorios inciertos. Al principio suele surgir en ellos un estado de ánimo desconfiado, dubitativo con respecto a lo que están haciendo, tienen miedo de estar perdiendo el tiempo. Pero al final, si logran resistir, también surge en ellos el placer de encontrar nuevos caminos y nuevas certezas, descubren el gusto por construirse un pensamiento con su propio cuerpo, y una forma de actuar con su propia mente. El hecho de poner en crisis las escasas certezas a las que han llegado les permite abrir su mente a unos mundos y unas posibilidades no explorados anteriormente, los invita a reinventarlo todo: la propia idea de ciudad, la propia definición de arte y de arquitectura, su propio lugar en este mundo. Nos

liberamos de convicciones postizas y empezamos a recordar que el espacio es una invención fantástica con la que se puede jugar, como cuando éramos niños. Hay un refrán que guía nuestras caminatas: 'Quien pierde tiempo gana espacio'. En realidad, si se quieren ganar espacios 'otros', hay que saber jugar, salir deliberadamente de un sistema funcional-productivo y entrar en otro sistema no funcional e improductivo. Hay que aprender a perder tiempo, a no buscar el camino más corto, a dejarse guiar por los acontecimientos, a dirigirse hacia calles inaccesibles en las que sea posible 'tropezar' y, ojalá, detenerse a hablar con las personas que encontramos, o saber detenerse olvidándonos de proseguir: saber alcanzar el andar sin intención, el andar indeterminado.

Otro aspecto ha sido el de la comprensión más profunda de la palabra 'deriva', en el sentido de 'proyecto indeterminado', y de sus potencialidades para la transformación de la ciudad nómada o, mejor dicho, *informal*. No solo en su significado de 'dejarse llevar a la deriva', de perderse en manos de las corrientes, sino también en su significado más proyectual, en tanto que instrumento para 'construir una dirección': una 'situación lúdico-constructiva' (Debord) que *"deberá materializarse en forma de laberinto dinámico juntamente con los habitantes neobabilonenses"* (Constant).

Lo que me atrae de la metáfora marina de la deriva es el hecho de que el terreno donde se desarrolla es un mar incierto que cambia constantemente en función de las mutaciones de los vientos, de las corrientes, de nuestros estados de ánimo, de los encuentros que se producen. De hecho, el punto clave reside en cómo proyectar una dirección, pero con una amplia disponibilidad a la indeterminación y a la atención hacia los proyectos de los demás. Llevar el timón de un barco de vela significa construir una ruta y modificarla constantemente, leyendo el mar encrespado, buscando aquellas zonas donde se encuentran las ráfagas, y evitando las zonas de calma. En definitiva, encontrando en el propio territorio y en quien lo habita aquellas energías que permitan llevar adelante el proyecto indeterminado en su devenir: las personas adecuadas, los lugares más adaptados y aquellas situaciones en las que el proyecto pueda crecer, modificarse y convertirse en un territorio común. Es evidente que si tenemos un proyecto determinado, este se hará añicos a las primeras ráfagas de viento, mientras que un proyecto de este tipo tiene probablemente más posibilidades de realizarse.

Lo que he dicho hasta ahora tiene mucho que ver con los procesos creativos 'relacionales' o 'participativos', dos palabras de las que se ha abusado en el mundo del arte y de la arquitectura. Me refiero a aquellos procesos creativos que no pueden llevarse a cabo si no es a través de un intercambio con el Otro. En estas situaciones se suele operar de dos maneras: o bien se implica al otro en los proyectos propios con el fin de garantizar su consenso, o bien se anula la propia creatividad, dejando por completo que el otro lleve a cabo la materialización de la obra. Por el contrario, creo que lo interesante consiste en navegar entre estas dos orillas, conscientes de que tenemos un proyecto creativo propio (y solo nuestro deseo de participar es ya un proyecto), pero con el deseo de dejarlo abierto e indeterminado. Entonces habrá que saber mantener la coherencia interna entre las cosas

que encontramos y las que creamos, entre las cosas que ocurren y las que hacemos que ocurran, el descubrimiento constante de un orden escondido que vemos surgir bajo nuestros ojos y bajo nuestros pies, la posibilidad de construir un sentido y una historia-ruta que sea coherente y compartida.

Al principio me he referido a una casa-manifiesto realizada con los descendientes de Abel, los llamados 'nómadas'. Se trata de Savorengo Ker (que en romaní significa 'la casa de todos'), realizada conjuntamente con los romanís del campamento Casilino 900 de Roma en julio de 2008, y que debería haber sido el primer paso para transformar el campamento romaní en un barrio, en un fragmento de ciudad, tal vez un *Sahel* inestable, a medio camino entre el nomadismo y el sedentarismo.

Tras haber escrito el libro, la palabra 'nomadismo' ha adquirido para mí muchos otros significados. He empezado a entender que en muchas ocasiones el nomadismo es sufrido en propia carne, no por elección propia o por tradición cultural, por quienes han tenido que hacer una renuncia y viven en el apartheid de los campamentos nómadas, por quienes siguen intentando habitar el mundo con total libertad pero todavía encuentran infinitas barreras en sus desplazamientos.

La historia de Ker es larga y muy compleja. Tal vez algún día logre escribir un libro sobre ella. De momento hemos realizado una película que os invito a ver en internet. Pero ahora me interesa destacar que esta ha sido una etapa importante del 'proyecto indeterminado'. Este proyecto no surge de un diseño sino de un encuentro, de un intercambio recíproco de desconfianzas y miedos, y luego de saberes y deseos. Su idea, su forma, su tecnología, su economía fueron discutidas constantemente, a veces incluso con graves conflictos, en un diálogo continuado y abierto entre una comunidad de 'nómadas' ya constreñidos al sedentarismo y un variopinto grupo de 'sedentarios' apasionados por el nomadismo e indignados por el apartheid que está recluyendo actualmente a los romanís en campos de concentración cada vez más sofisticados. El resultado es una casa de madera de dos plantas, con fantásticas decoraciones balcánicas y con un proyecto muy ambicioso: decirle a Caín que Abel también tiene derecho a habitar en la ciudad intercultural, y que su presencia representa una gran riqueza precisamente porque trae consigo un conflicto milenario que jamás encontrará la paz.

Desde este punto de vista me parece que la historia de Caín y Abel y el gesto del *ka* tienen todavía muchas cosas que enseñar a aquellas artes que se ocupan de la transformación del espacio. En el primer capítulo nos habíamos quedado en el punto en que, tras el primer homicidio de la historia de la Humanidad, Dios castiga a Caín enviándolo a errar por el desierto. En lo que no he dejado de pensar es en la reacción de Caín. Su miedo no tiene que ver con el hecho de perderse, sino con encontrar al Otro. Tiene miedo de que el Otro lo mate. Su única preocupación es cómo afrontar el conflicto con la diversidad.

La Biblia nos cuenta que Dios ofrece a Caín una 'señal que deberá servir para protegerlo. ¿Una marca? ¿La marca de Caín? Me puse a estudiarlo, y creo que este signo no se encuentra en la iconografía de Caín, quien, por el contrario, lleva consigo el bastón del

caminante. Estoy convencido de que el Señor no le ‘dio una marca’ exactamente a Caín, y mucho menos un bastón, sino que, por el contrario, le “enseñó” a hacer una cosa que él no sabía hacer. Dios enseñó a Caín a saludar, a andar hacia el Otro haciendo ‘una señal’ pacífica. Y cada vez estoy más convencido de que este saludo es el mismo que aparece en el símbolo del *ka* (que también es la raíz del nombre de Caín): dos brazos alzados que vienen andando hacia ti, que van al encuentro del otro ya no para matarlo, como Caín acababa de hacer con su hermano, sino mostrando las manos vacías, desarmadas, inofensivas y tal vez tendidas para un abrazo. Estoy convencido de que quien escribió el *Génesis* había entendido que este primer acto revolucionario de paz estaba vinculado al andar y al detenerse. Al arte del errar le sigue el arte de los encuentros, el arte de la construcción de un espacio de umbral, del establecimiento de una frontera más allá del Espacio y del Tiempo, donde poder afrontar el conflicto con lo diverso con un saludo de no beligerancia.

Tal vez a partir de ahí puede empezar un próximo libro mío. Podría llevar por título “*Stopscares. El detenerse como práctica estética*”. Me gustaría hablar ya no del andar para perderse, sino del andar para tropezar con el Otro, de la decisión de detenerse para construir un espacio de encuentro con lo diverso, del nacimiento de Kronos y del Espacio para Perder Tiempo, del proyecto indeterminado y de nuestra participación como ciudadanos en las evoluciones mestizas de esas Nuevas Babilonias que ya habitan en nuestras ciudades.

Historia editorial

Recibido: 07/04/2014

Aceptado: 14/04/2014

Publicado: 07/05/2014

Formato de citación

Careri, Francesco (2014). Walkscapes ten years after. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 4(1), 207-213. <http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/careri>



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

